

SOBRE MANZANAS MARCHITAS

PHILIP K. DICK

Algo golpeaba sobre la ventana. Se estrellaba contra el cristal, una y otra vez. Transportado por el viento. Golpeaba débil e insistentemente.

Lori, sentada en el sofá, fingía no oír el ruido. Asió su libro con fuerza y pasó una página. El golpeteo se reprodujo, más fuerte y más perentorio. No era posible pretender no oírlo.

—¡Maldita sea! —exclamó Lori.

Tiró el libro sobre la mesa de café y corrió hacia la ventana. Aferró los pesados tiradores de metal y empujó hacia arriba.

La ventana se resistió durante un momento. Después, con un gruñido de protesta, se alzó con dificultad. El frío aire del otoño se coló en la habitación. El trocito de hoja dejó de tambalear y remolineó sobre la garganta de la mujer, bailando hasta caer al suelo.

Lori recogió la hoja. Era vieja y de color pardo. Su corazón se aceleró un poquito cuando deslizó la hoja en el bolsillo de sus tejanos. La hoja ejercía presión sobre sus riñones; una pequeña punta dura perforó su piel suave y le produjo excitantes escalofríos que le recorrieron la espina dorsal. Se quedó inmóvil un momento ante la ventana abierta, aspirando el aire. La presencia de árboles y rocas, de grandes pedruscos y lejanos lugares llenaba el aire. Había llegado el momento. El momento de marcharse otra vez. Tocó la hoja. La *reclamaban*.

Lori salió a toda prisa de la sala de estar, atravesó corriendo el vestíbulo y entró en el comedor. Estaba desierto. Los ecos de una carcajada fluyeron desde la cocina. Lori abrió la puerta de la cocina.

—¿Steve?

Su marido y su suegro estaban sentados a la mesa de la cocina, fumando puros y bebiendo café humeante.

—¿Qué pasa? —preguntó Steve mientras contemplaba a su joven esposa con el ceño fruncido—. Ed y yo estamos hablando de negocios.

—Yo..., quiero pedirte algo.

Steven, de cabello castaño y ojos oscuros que albergaban la tozuda dignidad de los hombres de Nueva Inglaterra, y su padre, silencioso y sin reparar en *su* presencia, la miraron. Ed Patterson apenas le hizo caso. Repasaba un fajo de facturas de alimentos, dándole la espalda.

—¿Qué ocurre? —preguntó Steve, impaciente—. ¿Qué quieres? ¿No puedes esperar?

—Debo irme —dijo bruscamente Lori.

—¿Adónde?

—Afuera. —El nerviosismo la invadió—. Es la última vez, te lo prometo. No lo haré nunca más. ¿De acuerdo? —Intentó sonreír, pero su corazón latía con demasiada violencia—. Déjame ir, Steve. Por favor.

—¿Adónde va? —gruñó Ed.

—A las colinas —dijo Steve, molesto—. Algún lugar por allí arriba.

Los grises ojos de Ed destellaron.

—¿A la granja abandonada?

—Sí. ¿La conoces?

—La vieja granja de Rickley. Él se marchó hace años. No pudo conseguir que creciera nada. Tierra rocosa. Mal suelo. Mucha arcilla y piedras. Está invadida de malas hierbas, derruida.

—¿Qué clase de granja era?

—Un huerto. Un huerto de frutas. Nunca creció nada. Árboles viejos y enclenques. Lástima de esfuerzos desperdiciados.

Steve consultó su reloj de bolsillo.

—¿Volverás a tiempo de preparar la cena?

—¡Sí! —Lori se dirigió hacia la puerta—. ¿Puedo marcharme?

Steve hizo una mueca mientras lo pensaba. Lori esperaba con impaciencia, sin respirar apenas. Nunca se había acostumbrado a los hombres de Vermont y a su estilo lento y parsimonioso. La gente de Boston era muy diferente. Y su grupo se componía de jóvenes universitarios, bailes y conversaciones, carcajadas en la madrugada.

—¿Por qué subes allí? —rezongó Steve.

—No me lo preguntes, Steve. Deja que vaya, nada más. Es la última vez. —Se retorció de angustia y apretó los puños—. ¡Por favor!

Steve miró por la ventana. El frío aire del otoño remolineaba entre los árboles.

—Muy bien, pero va a nevar. No sé por qué quieres...

Lori corrió a sacar su abrigo del armario.

—¡Volveré para preparar la cena! —gritó alegremente.

Fue hacia el porche delantero mientras se abrochaba los botones, con el corazón saltándole en el pecho. Sus mejillas se cubrieron de un rojo profundo e intenso cuando cerró la puerta. Sentía correr la sangre en las venas.

El viento frío la azotó, desordenó su cabello, mordisqueó su cuerpo. Ella inhaló una profunda bocanada de aire y bajó los peldaños.

Lori salió al campo, en dirección a la línea de colinas que se perfilaba a lo lejos. El único ruido que se oía era el rugido del viento. Palmeó su bolsillo. La hoja seca se rompió y la aguijoneó, irritada.

—Ya voy... —susurró, algo atemorizada—. Ya voy...

La mujer subió cada vez más alto. Atravesó una profunda grieta que separaba dos riscos rocosos. Enormes raíces de viejos tocones brotaban por todas partes. Siguió el lecho seco y sinuoso de un riachuelo.

Al cabo de un rato, la rodearon nieblas bajas. Hizo un alto en la cumbre del risco, respirando con fuerza. Echó un vistazo al camino que había recorrido.

Algunas gotas de lluvia se desprendieron de las hojas. El viento sopló de nuevo entre los grandes árboles muertos que cubrían el risco. Lori se volvió y emprendió nuevamente la marcha, con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos del abrigo.

Caminaba sobre un campo rocoso, invadido de maleza y hierba muerta. Al cabo de un rato llegó a una valla derruida, rota y podrida. Pasó por encima de ella. Dejó a su espalda un pozo derrumbado, medio lleno de piedras y tierra.

Su corazón latía con rapidez, presa de una nerviosa excitación. Casi había llegado. Atravesó los restos de un edificio, tablas hundidas y cristales rotos, muebles destrozados diseminados por las cercanías. El neumático desinflado y cuarteado de un viejo automóvil. Trapos húmedos amontonados sobre bastidores de cama torcidos y oxidados.

Y allí estaba..., directamente frente a ella.

Una fila de árboles viejos corría paralela al borde del campo. Árboles sin vida, marchitos y muertos, de troncos estrechos y ennegrecidos, carentes de hojas. Estacas rotas clavadas en el duro suelo. Hilera tras hilera de árboles muertos, algunos torcidos e inclinados, arrancados del terreno rocoso por el viento implacable.

Lori cruzó el campo en dirección a los árboles. Los pulmones le dolían. El viento la atacaba sin desmayo, introduciendo la neblina maloliente en su nariz y en los poros de su cara. Su piel suave estaba húmeda y brillante por causa de la niebla. Tosió y apresuró el paso, pisando rocas y terrones de tierra, temblando de miedo y expectación. La mujer rodeó el bosquecillo hasta llegar casi al borde del risco. Se irguió con cautela sobre los resbaladizos montones de roca. Y entonces...

Se quedó petrificada. Su pecho subía y bajaba al compás de la respiración.

—He venido —susurró.

Contempló durante largo rato el viejo manzano marchito. No podía apartar sus ojos de él. La visión del antiquísimo árbol la fascinaba y repelía. Era el único vivo, el único árbol de todo el bosquecillo que todavía seguía con vida. Todos los demás estaban muertos, resecos. Pero este árbol aún se aferraba a la vida.

El árbol era duro y estéril. Sólo colgaban algunas hojas oscuras..., y unas pocas manzanas marchitas, secas por la acción del viento y la niebla. Se habían quedado en las ramas, olvidadas y abandonadas. La tierra que rodeaba el árbol estaba agrietada, yerma. Piedras y montoncitos de hojas podridas.

—He venido —repitió Lori. Sacó la hoja del bolsillo y la extendió con cautela—. Llamó a mi ventana. Lo supe en cuanto la oí. —Sonrió con malicia y sus labios rojos se curvaron—. Llamaba y llamaba, tratando de entrar. No le hice caso. Era tan..., tan impetuosa. Me molestó.

El árbol osciló en forma amenazadora. Sus ramas retorcidas se rozaron. Lori captó algo en el sonido que la impulsó a alejarse. El terror se apoderó de ella. Corrió junto al borde del risco, poniéndose fuera de su alcance.

—No —susurró—. *Por favor.*

El viento amainó. El árbol permaneció en silencio. Lori lo contempló con aprensión durante mucho tiempo.

La noche se acercaba. El cielo oscurecía rápidamente. Una ráfaga de viento helado la azotó y casi la derribó. Se estremeció y se ciñó el largo abrigo al cuerpo para defenderse del frío. A lo lejos, el fondo del valle desaparecía engullido por las sombras, por la inmensa nube de la noche.

El árbol se veía inflexible y amenazador entre la niebla oscura, más siniestro que de costumbre. Se desprendieron algunas hojas, que volaron y remolinearon, capturadas por el viento. Una hoja pasó al lado de la mujer y ella trató de atraparla. La hoja escapó y volvió bailando hacia el árbol. Lori la siguió unos metros y luego se detuvo, jadeando y riendo.

—No —dijo con firmeza, con los brazos en jarras—. No.

Se hizo el silencio. De repente, los montones de hojas podridas formaron un furioso círculo alrededor del árbol. Cayeron al suelo y permanecieron inmóviles.

—No —repitió Lori—. No te tengo miedo. No puedes hacerme daño.

Pero su corazón martilleaba de pánico. Retrocedió unos pasos más.

El árbol continuaba en silencio. Sus ramas, delgadas como alambres, no se movían.

Lori recuperó el valor.

—Es la última vez que vengo —dijo—. Steve no quiere que venga nunca más. No le gusta.

Aguardó, pero el árbol no respondió.

—Están sentados en la cocina, los dos. Fuman puros y beben café. Suman facturas de alimentos. —Arrugó la nariz—. Es lo único que saben hacer. Sumar y restar facturas de alimentos. Cifras y cifras. Beneficios y pérdidas. Impuestos del gobierno. Depreciación del material.

El árbol no se movió.

Lori se estremeció. Llovió un poco más, grandes gotas heladas que resbalaron por sus mejillas, bajaron por el cuello y se introdujeron bajo el grueso abrigo.

Se acercó más al árbol.

—No volveré. No te veré nunca más. Es la última vez. Quería decirte...

El árbol se movió. Sus ramas cobraron vida de súbito. Lori sintió que algo duro y fino se deslizaba sobre sus hombros. Algo la sujetó por la cintura y la arrastró hacia adelante.

Luchó con desesperación por soltarse. De pronto, el árbol la liberó. La muchacha retrocedió dando tumbos, riendo y temblando de miedo.

—¡No! —jadeó—. ¡No soy tuya! —Corrió hacia el borde del risco—. Nunca volverás a tenerme. ¿Lo entiendes? ¡Y no te temo!

Lori permaneció inmóvil, esperando y vigilando, estremecida de frío y terror. Dio media vuelta de súbito y se puso a correr junto al borde del risco, resbalando y tropezando en las piedras sueltas. Un terror ciego la atenazaba. Bajó corriendo la empinada pendiente, agarrándose a raíces y arbustos...

Algo rodaba junto a su zapato. Algo pequeño y duro. Se agachó y lo tomó.

Era una pequeña manzana reseca.

Lori miró al árbol, casi oculto por la neblina. Se alzaba hacia el cielo oscuro, como una columna sólida e inamovible.

Lori guardó la manzana en el bolsillo del abrigo y siguió colina abajo. Cuando llegó al fondo del valle sacó la manzana del bolsillo.

Era tarde. Sintió una penetrante punzada de hambre. Pensó en la cena, en la cálida cocina, en el mantel blanco. Un puchero humeante y bollos.

Mientras caminaba, mordisqueó la manzana.

Lori se sentó en la cama. El cobertor cayó a un lado. La casa estaba oscura y silenciosa. Algunos ruidos nocturnos se oían a lo lejos. Pasaban de las doce. Steven dormía en silencio a su lado, dándole la espalda.

¿Qué la había despertado? Lori se apartó el cabello de los ojos y sacudió la cabeza. ¿Qué...?

Experimentó un arrebato medio. Tragó saliva y apoyó la mano en el estómago. Se debatió durante un rato en silencio, con la mandíbula apretada, balanceándose de un lado a otro.

El dolor se apaciguó. Lori se dio por vencida. Emitió un breve y tenue grito.

—Steve...

Steven se removió. Se ladeó un poco y gruñó en sueños.

El dolor se reprodujo. Con mayor intensidad. Cayó de bruces, retorciéndose de angustia. El dolor le estaba destrozando el estómago. Lanzó un chillido de miedo y dolor.

Steven se incorporó.

—Por el amor de Dios... —Se frotó los ojos y encendió la lámpara de un manotazo—. ¿Qué demonios...?

Lori yacía de costado, gimiendo y jadeando, con los ojos fijos, los puños apretados contra el estómago. El dolor la desgarraba, la devoraba, consumía sus entrañas.

—¡Lori! —gritó Steven, con voz ronca—. ¿Qué pasa?

Lori chilló sin cesar, hasta que las paredes de la casa se estremecieron. Cayó al suelo. Su cuerpo se agitaba y contorsionaba. Sus facciones se habían deformado.

Ed entró corriendo en la habitación, anudándose la bata.

—¿Qué ocurre?

Los dos hombres miraron a la mujer caída en el suelo, sin saber qué hacer.

—Santo Dios —exclamó Ed. Cerró los ojos.

El día era frío y oscuro. La nieve caía en silencio sobre las calles y las casas, sobre los ladrillos rojos del hospital del condado. El doctor Blair subió lentamente por el sendero de grava hacia su Ford. Entró, puso el motor en marcha y sacó el freno.

—Le llamaré más tarde —dijo el doctor Blair—. Quiero comentarle algunos detalles peculiares.

—Lo sé —murmuró Steve.

Aún seguía aturdido. Tenía la cara cerúlea e hinchada por exceso de sueño.

—Le he dejado algunos sedantes. Intente descansar un poco.

—¿Cree que si le hubiéramos llamado antes...? —preguntó Steve de repente.

—No. —Blair le miró con simpatía—. No lo creo. Cuando suceden estas cosas, no hay mucho que hacer.

—Entonces, ¿era apendicitis?

—Sí —confirmó Blair.

—Si no viviéramos tan lejos —comentó Steve con amargura—. En medio del campo, sin hospitales, sin nada. A kilómetros de la ciudad. Y al principio no nos dimos cuenta...

—Bien, todo ha terminado.

El Ford avanzó un poco. De repente, un pensamiento asaltó al médico.

—Una cosa más.

—¿Qué? —preguntó Steve.

—Las autopsias... —Blair vaciló—. Son muy desagradables. No creo que sea preciso en este caso. Estoy seguro que... Sin embargo, quería preguntarle...

—¿Qué?

—¿Ingirió algo esa chica? ¿Se puso algo en la boca? ¿Agujas mientras cosía, alfileres, monedas, algo parecido? ¿Semillas? ¿Alguna vez comió sandía? A veces, el apéndice...

—No lo sé.

Steve sacudió la cabeza, cansado.

—Sólo era una idea.

El coche del doctor Blair se alejó por la estrecha calle flanqueada de árboles dejando dos franjas oscuras, dos líneas sucias que manchaban la nieve reluciente.

Llegó la primavera, cálida y soleada. La tierra se tiñó de negro. El sol, un globo blanco y fulgurante, pictórico de energía, brillaba en lo alto.

—Párate aquí —murmuró Steve.

Ed Patterson detuvo el coche a un lado de la calle. Apagó el motor. Los dos hombres se quedaron en silencio, sin intercambiar ni una palabra.

Unos niños jugaban al final de la calle. Un muchacho de la escuela secundaria cortaba el césped de un jardín, moviendo la máquina sobre la hierba húmeda. Los grandes árboles que se erguían a ambos lados ensombrecían la calle.

—Qué bonito —dijo Ed.

Steve asintió con la cabeza, sin responder. Contempló con mirada triste a una muchacha que paseaba con la bolsa de la compra bajo el brazo. La joven subió los escalones de un porche y desapareció en el interior de una anticuada casa amarilla.

Steve abrió la puerta del coche.

—Vamos. Terminemos de una vez.

Ed tomó la corona de flores del asiento trasero y la depositó sobre el regazo de su hijo.

—Tendrás que llevarla tú. Es tu deber.

—Muy bien.

Steve tomó las flores y salió del coche.

Los dos hombres caminaron juntos por la calle, silenciosos y pensativos.

—Ya han pasado siete u ocho meses —dijo Steve con brusquedad.

—Como mínimo. —Ed encendió un cigarrillo mientras andaban y expelió nubes de humo gris—. Tal vez más.

—Nunca debí traerla aquí. Había vivido en la ciudad toda su vida. No sabía nada sobre el campo.

—De todas formas, habría ocurrido igual.

—Si hubiéramos estado más cerca de un hospital...

—El médico dijo que no habría influido, aunque le hubiéramos llamado en el acto, en lugar de esperar a la mañana. —Llegaron a la esquina y doblaron—. Y, como ya sabes...

—Olvídalo —le interrumpió Steve.

El alboroto de los niños se había desvanecido en la distancia. Las casas eran cada vez menos numerosas. Sus pasos resonaban en el pavimento.

—Casi hemos llegado —dijo Steve.

Se detuvieron frente a una colina. Al otro lado había una gruesa verja de hierro, que corría a lo largo de un campo pequeño. Un campo verde, limpio y cuidado, atravesado por hileras, cuidadosamente dispuestas, de lápidas de mármol.

—Es aquí —dijo Steve, con un nudo en la garganta.

—Está muy bien cuidado.

—¿Se puede entrar desde este lado?

—Lo intentaremos.

Ed caminó paralelo a la verja de hierro, buscando un portal. Steve se detuvo de repente y lanzó un gemido. Miró al otro lado del campo, pálido.

—*Mira.*

—¿Qué pasa? —Ed se quitó las gafas para ver mejor—. ¿Qué estas mirando?

—Tenía razón —dijo Steve, en voz baja, casi inaudible—. Sospechaba que había algo. La última vez que estuvimos aquí..., vi... ¿Lo ves?

—No estoy seguro. Veo el árbol, si te refieres a eso.

El pequeño manzano se erguía con orgullo en el centro del pulcro campo verde. Sus hojas brillantes centelleaban a la radiante luz del sol. El joven árbol era fuerte y muy sano. Se balanceaba con seguridad, acariciado por el viento. Dulce savia primaveral impregnaba su tronco flexible.

—Son *rojas* —susurró Steve—. Ya están rojas. ¿Cómo demonios pueden estar rojas? Sólo estamos en abril. ¿Cómo demonios habrán madurado tan pronto?

—No lo sé —dijo Ed—. No sé nada sobre manzanas. —Un extraño escalofrío recorrió su cuerpo porque los cementerios siempre le habían puesto nervioso—. Tal vez deberíamos irnos.

—Sus mejillas eran de ese color —musitó Steve—, sobre todo después de correr. ¿Te acuerdas?

Los dos hombres contemplaron con aprensión el pequeño manzano y sus brillantes frutos rojos, resplandecientes bajo el sol primaveral. Las ramas oscilaban al compás del viento.

—Me acuerdo perfectamente —dijo Ed, con semblante sombrío—. Vamos. —Apretó el brazo de su hijo, olvidando la corona de flores—. Vamos, Steve. Salgamos de aquí.

FIN

Libros Tauro